

CASTILLA

El corral del matarife

Damián, el matarife, tiene una tienda muy pequeña con recodos de sombra, con bancos de sacristía, rezagos en que la clientela espera a que él dé los tajos en que consiste su arte de guillotinar de cuartos y medios kilos.

Un vivo olor a sebo unta los olfatos, pero todo dice que allí está el secreto de persistir viviendo.

Al pasar por la carnicería los hidalgos retienen con complacencia la tentación llena de calorías. Si alguna abomina de la vianda, presiente lo que de hogar verdadero hay en el gran puchero de la carnicería, el gran puchero del pueblo al que puchero-resumen todos los ingredientes, substancia diaria por más que lo presume sean los chorizos colgados en carnavalesco rosario de grandes cuentas, haciendo guirnalda de verbena alrededor del mostrador.

La carnicería, para no ofender mucho a los hambrientos o a los que se disimulan el no comer, se guarece debajo de un soportal, armándose de un sigilo sin escaparates y mostrando el capital esencial rígido sobre la mesa como jamón de vaca.

¿Quién sabía sin mucho preguntar que aquél era día de sesada? Todo se recataba en el mostrador, dispuesto a la transacción y la tajada, pero sin exhibición ninguna.

Damián trabajaba como buen sordo a la chita callando, esparciendo el chitón a su alrededor, contagiando la nave de silencio. Sólo algún machetazo resplandecía de ruido, pero él procuraba darlos de través, como quien degüella más que como quien taja.

Cara de pálido martirizador chino tiene el matarife castellano, pero él la soporta con discreción, hablando muy bajito con un hilillo de voz, así como las miradas de sus ojos pequeños tenían dos hilillos de mirada.

El sordo guardaba en el cofre rotundos caudales con la discreción del más callado banquero, lo que recibía por su seguro comercio, comercio de valores lo menos nominales que se conocen. Sólo se iluminaba el rostro de Damián en su corral, cuando pasaba a los adentros de sus corraladas y se paseaba dando saltitos de placidez sobre la alfombra mullida de su estercolero.

En el corral aquel se explayaba el espacio como en ningún sitio y se hacía una pausa en la claridad. La expectación solitaria que habita los corralones se replegaba junto a las tapias y buscaba lo soterrado del bajetón soportal de entrada, a cuyo anfiteatro se asomaban alguna vez, sobre las últimas tejas, los pajarracos negros del ansia proterva.

Precisamente en el soportal, y como abrevaderos para el morir, tenía los pesebres en que mataba a las víctimas, recogiendo allí su sangre cuando no despreciaba ese escándalo de la muerte y lo dejaba ir por un arcaduz rojiza ya, a prueba de sangres en que aun estaba fundida la vida.

El corralón de Damián figuraba en muchas imaginaciones como insistente calvero de los pensamientos, como disolvente del abuso que se hacía en plazoleta al tener ese recuerdo.

Como un agujero que se hacía en el cielo y en la tierra resultaba aquel corral del pobre Damián, que era como llamaban a aquel hombre mínimo. En la masa del mundo se hacía aquel hoyo claro, y de allí aquel viento de los que se enfrentaban con el por primera vez. Sobre todo en los chicos, que querían unos cuernos para jugar al toro y que eran pasados al corral para que dijeran qué cuernos les gustaban, el repelón del gesto era chocante y se les veía ponerse turulatos como si se hubieran asomado a la huesa

general del mundo y veían como en plena fiebre gusanos en redondelo de corrupción.

Damián parecía gozar en presentar chicos a su amplio corral, como aplicándoles un nuevo sacramento en que se mezclaba el susto de la vida y de sus cementerios. Sabía que impresionaba la placa más viva en sus corazones infantiles.

El tripajo del mundo, una interminable tripa que daba vueltas de bajo de tierra, se albergaba en aquel reposorio de detritus lleno de almas muertas, de balidos últimos, de mugidos postreros, de ese chirrido de gozno de puerta que es el grito específico de las cabras y ese gruñido desesperado con que quieren llamar la atención de la justicia suprema los cerdos.

Damián salía a la luz de su corral como a la plaza de toros de su profesión o como al jardín de los suplicios de al casa de déspota chino que tenía.

Era dueño de aquel corral en que se vengaba de la sordera que le había impuesto la vida, sumiendo muchas vidas en mayor sordera, anadando seres, revolviendo con la tierra el bandullo de mil víctimas.

En aquel esclarecimiento de su corral oía y percibía la conciencia de la muerte y se sentía verdugo sin antipatía, amable pasante de almas en su conducción al otro mundo, verdadero pastor de blancas almas hacía las nubes deseadas donde han de pacer vellones de nube.

Algo de lago o mar de muerte tenía el gran corral, y él se complacía en ver aquella alarma de catástrofe o naufragio que en el rico estercolero se representaba y de la que era protagonista alguna calavera de picudo hocico que sobresalía entre el oleaje de mondongos y arterias.

El pueblo vulgar, equilibrado en una especial inexistencia, con corrales simples de gallinería, era alrededor del corral del matarife como un ingenuo coro de casas en las que no había aquella representación de tragedia que en el corral, que era como secreto cementerio en el que la antropofagia de los hombres sólo había dejado los huesos. ¿Qué desdén tenía Damián a los hombres pacíficos que creían no haber incurrido en ninguna voracidad!

El les preparaba a todos las víctimas que iban a buscar, seguros de encontrar sus despojos, todos los días, y él veía la magnitud de la mortandad a solas en su corral iluminado ya por la luz lívida del juicio final.

Damián, por otro lado, sentía con íntimo regodeo las metamorfosis que toda aquella corrupción iba sufriendo, convirtiéndose en rico abono de la mejor clase y la más cara.

Damián oía el regurgitar de cráter vital en que se confabulaban todos los desperdicios de la matanza, y sentía que su ir ahorrando acrecentaba sus intereses en el corralón, esperanzado con nuevas víctimas y hambriento con esa voracidad última que tiene la tierra y que sin fiera ninguna, sin que saque la zarpa, es la voracidad más profunda.

El hombre color manteca de cerdo, aquel tipo de tocador de violín que era Damián, se reservaba para aquel abrir los ojos en su gran posesión, en aquella playa de muerte, respirando con satisfacción y sintiéndose como abonado y fertilizado para muchos años por el cimiento de su propio corral.

Castilla, alrededor del corral castrófico del matarife, se extendía como pan seco que quisiera guardarse entre sus dos mitades algún pedazo de carne.

Juan de la Serna,
Madrid, Noviembre de 1926.

los más austeros... El hombre y... mo. ¿Qué... trece... demás, y... pro horri... mo que... pa el cil... sa chist... zapatos... llas, me... dejan v... cada v... poco. ¿... Por q...

LAS PEQUEÑAS CIUDADES

¿Quién no conoce ahora las más importantes ciudades de Toscana? En un tiempo pudo ser privilegio de los muy ricos y de los grandes intelectuales la visita atenta de las características ciudades de una de las más bellas regiones italianas. Pero, actualmente, la facilidad de las comunicaciones, un mejor sentido de lo que es el movimiento y la distracción, como así el mejoramiento general de las condiciones de hospitalidad, hacen que se atraigan hacia las zonas más interesantes del más interesante de los países europeos, cada vez mayores corrientes de visitantes.

No podría decirse lo mismo de las pequeñas ciudades artísticas: riquísimas en obras y en monumentos pero alejadas de las grandes líneas de tráfico ferroviario. El público tiene prisa, va únicamente a las grandes etapas, desde donde, en cada hora, puede decirse, sale un expreso para llegar a otra no menos importante.

La pequeña ciudad es de los privilegiados y nosotros, por una vez más, queremos figurar entre ellos. Por otra parte un viaje desde la Capital a alguna de las pequeñas ciudades toscanas es sumamente fácil.

Roma está unida a Siena por comodísimas comunicaciones directas. Se parte por la mañana y se llega a la hora de la colación o inmediatamente después de ésta se llega a la hora de la comida. En cinco horas se atraviesa el fértil valle del Tíber y, después de haber tocado en Orvieto y Chiusi (dos nombres llenos de fascinación y otras tantas invitaciones a las cuales resulta difícil resistir) se remonta el Val di Chiana, amplio y polieromo damero, verdeante de prados artificiales, tan fértilísimo hoy día como antes fuera desierto y palúdico...

Después de Asciano comienza la zona árida pero pintoresca de la greda: es todo un ondear de collados formados por la erosión de las aguas, notándose los pinos y cipreses que, ya aislados, ya en filas, alegran y caracterizan al paisaje.

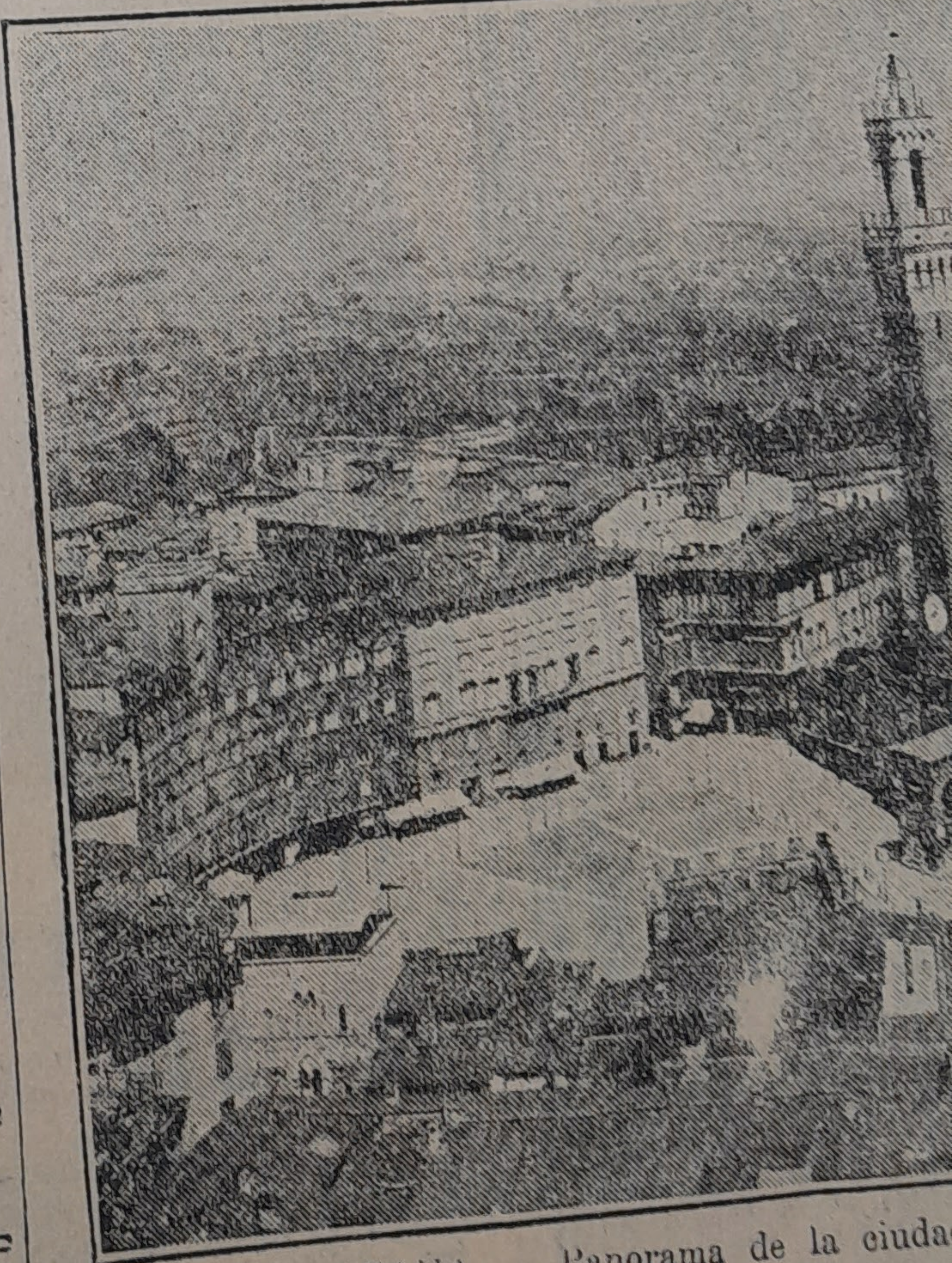


SAN GIMIGNO

tren la cruz a disgusto, resoplando. Se entra en la ciudad por la puerta San Lorenzo, abierta en un cerco formidable de sus rojizas mallas.

La ciudad de Catalina Benincasa muéstrase ahora tal como la describieron y cantaron sus más ilustres visitantes.

He ahí la vasta plaza del Campo con el palacio municipal guarnecido de torres — el más hermoso palacio gótico de Toscana — vigilado por la esbeltísima torre de Mangia.



TOSCANA — Panorama de la ciudad de Siena

Siena está cerca, con sus hermosas plazas, en todos los años, y en las cuales la época medieval se vive en esos palacios.